

Los mellizos rogaron tanto que cedió. “Está bien”, les dijo dando su aprobación. “Vayan a divertirse. Pero vuelvan a casa tan pronto empiece a llover.”

Los mellizos salieron disparados por la puerta hacia afuera, antes de que su mamá se arrepintiera.

Corrieron en sus bicicletas hacia el parque Pradera Verde. El parque estaba a seis cuadras de su casa, al cruzar la calle de la Librería de Don Pablo, de una estación de gasolina y otras tiendas. El parque era su sitio favorito para jugar. Había una pequeña casa en uno de los árboles, unos columpios y una pequeña charca, en la que René jugaba



fingiendo que pescaba.

Había un viento fuerte y Julia pedaleaba con afán en contra del viento.

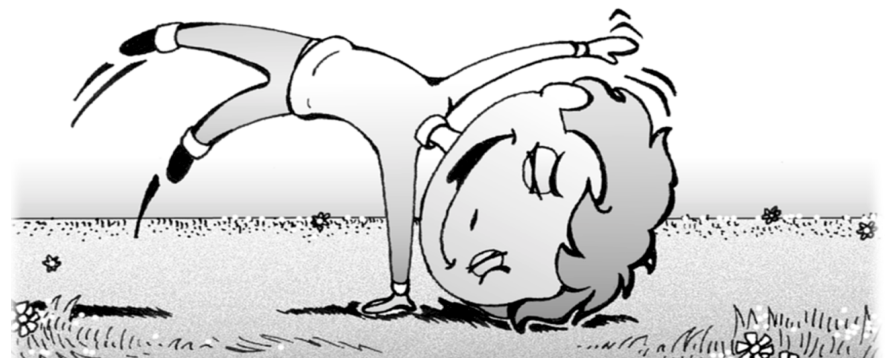
“¡El verano es fantástico!” gritó Rene al viento.

Julia estaba de acuerdo, pero simplemente asintió con la cabeza y siguió pedaleando más duro.

Una vez llegaron al parque, Julia fue a recoger flores silvestres. René la siguió brincando y tratando de hacer vueltas de carnero, en lo que no era muy bueno. Se oía un golpe sordo, un ‘dun’, cuando caía encima de la grama tupida. Julia se reía.

“Mira lo rápido que se mueven las nubes”, dijo Julia.

Parecían que galopaban como caballos a



través del cielo.

“Y se están poniendo bien oscuras”, dijo Rene quejándose. “Tenemos que volver.”

“Todavía tenemos un poco de tiempo”, dijo Julia mientras admiraba las flores. “No quiero limpiar mi habitación todavía.”

René no parecía que la estuviera escuchando. Estaba mirando el cielo. Se paró e hizo una señal hacia cielo. “¡Mira!”

Julia miró. Las nubes que estaban en el horizonte estaban bien oscuras, casi tan oscuras como la noche y parecía que se movían en un patrón.

Julia nunca había visto algo así. “¿Qué es eso?” preguntó.

René le hizo señas a su hermana para que se levantara también. “Creo”, dijo lentamente, “que es un tornado.”

A Julia no le gustaba cómo se veían las nubes, pero no creía que René tuviera la razón. ¡No podía tener razón! “Nunca hemos tenido un tornado aquí”, dijo.

“Los tornados pueden ocurrir en cualquier lugar”, le dijo René.

“¿Qué hacemos?” preguntó Julia.

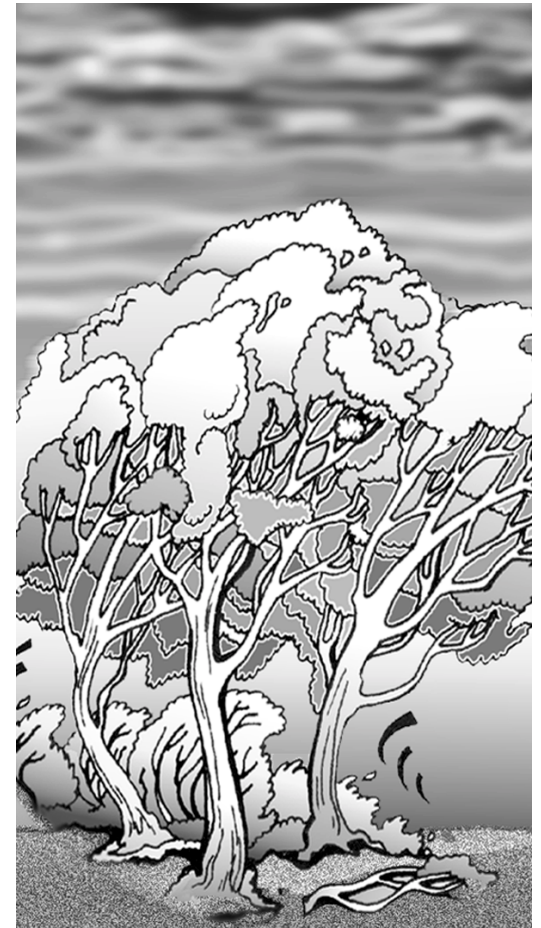
René le agarró la mano, y corrieron hacia las bicicletas.

No le quitaba la vista a las nubes negras.

Julia estaba asustada. El viento soplaba más fuerte. Se veía en los árboles. Empezó a llover.

“La tormenta todavía está bastante lejos”, dijo René.

“Pero debemos regresar a casa.”



“Vamos a escondernos en la casita del árbol”, sugirió Julia.

“No, eso no es seguro”, le dijo René. “Tenemos que albergarnos en un sitio bajo, como una trinchera, y nos cubrimos la cabeza. O, tenemos que ir adentro de algún edificio.”

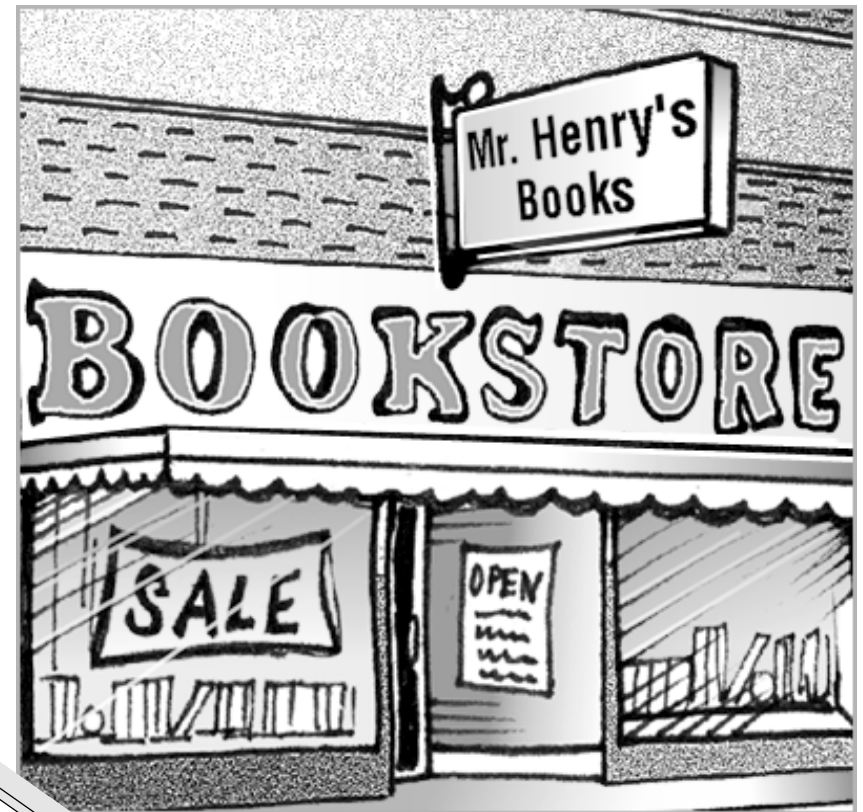
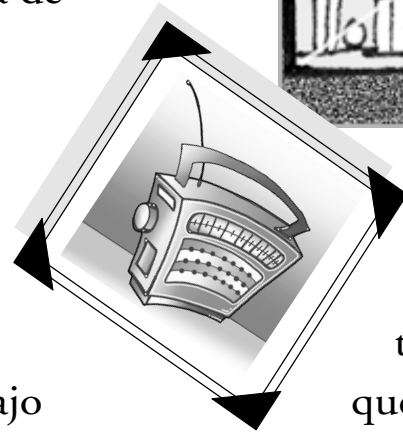
Julia y René se miraron y decidieron juntos que no querían quedarse afuera con un tornado.

“Vamos”, gritó René. Se motaron en sus bicicletas y corrieron hasta la librería de Don Pablo. Entraron corriendo por la puerta de la entrada.

“¡Auxilio!”, gritó René. “¡Don Pablo necesitamos que nos ayude!”

Nadie respondió, pero la radio estaba encendida y el comentarista estaba dando un aviso de tornado.

“Todo el mundo debe buscar refugio bajo techo, preferiblemente en el sótano o en un cuarto reforzado en el centro de la casa. Aléjense de las ventanas”, decía la voz por la radio.



“¡Al sótano! ¡Tenemos que llegar al sótano!” gritó Julia.

Los mellizos corrieron por la tienda hasta que encontraron la puerta que llevaba al sótano. Bajaron las escaleras corriendo. En el sótano encontraron al dueño de la tienda y a un dependiente.

“¡Los mellizos!”, exclamó Don Pablo y los abrazó. “Me alegro que hayan encontrado